

## Sentido humanista y trascendencia sociológica del folklore.

La ciencia antropológica, tomada en sentido amplio de ciencia general del hombre, tiene aplicaciones de un alcance más humano y más universal que las otras ciencias de la naturaleza. Porque el hombre es el "centro común" de todas nuestras preocupaciones y los seres humanos constituyen las únicas entidades reales y tangibles que encarnan necesidades—sobre todo necesidades, necesidades materiales y espirituales—, tendencias y aspiraciones. De aquí que para el hombre ningún conocimiento sea más sugestivo a la vez que más eficaz que el conocimiento de sí mismo a través de todas las situaciones posibles de considerarse.

El hombre es un ser cuya complejidad rebasa el límite temporal y espacial; su complejidad arraiga en el pasado—instinto, recuerdo, tradición—y se proyecta en el futuro—aspiraciones, ensueños, ideales. Entre los extremos de esa complejidad alienta la conciencia de lo que hay de universal y objetivo en el espíritu y en la sensibilidad humana, conciencia que se traduce en el anhelo de plenitud y de armonía que busca el hombre a través de todas las manifestaciones de su vida: física, espiritual, técnica y filosófica.

La Sociología como historia natural de las socieda-

des humanas, abarca el enorme ámbito de este cuadro de "hechos de la vida social", que considerados individualmente dan margen a disciplinas especiales e independientes, con problemas, métodos y exigencias propios. Estas ciencias diversificadas son el producto de la experiencia y de la herencia social, que no siempre reflejan perfeccionamiento físico o espiritual del hombre.

El aprendizaje y la experiencia humana comenzaron en el momento mismo en que el hombre inicia su existencia. No es del caso pretender señalar el momento inicial de esta experiencia. Recordemos solo que la primera tarea del hombre fué vivir; y era entonces la vida ruda y áspera, imponía decisiones tremantes y gestos instantáneos. El vivir creó la lucha por la subsistencia; creó a la vez medios de realizarla, haciendo nacer, formando o inventando los instrumentos destinados a suplir las naturales deficiencias del hombre.

La naturaleza humana resulta así, a lo largo del tiempo y con el aporte de innúmeras generaciones, el órgano generador de las infinitas creaciones de la civilización y la cultura. Ella actúa siempre y en todos los casos bajo la presión invencible de las necesidades, que constituyen el principio fatal e indispensable, fecundo y general, en que se basan nuestra constitución individual y nuestra estructura social,

La naturaleza humana es idéntica en su fondo común, las necesidades, más o menos diversificadas por factores contingentes, han sido siempre las mismas en todos los hombres y a través de todos los tiempos; y ellas han determinado semejantes actitudes y acaso idénticas consecuencias.

Lanzado el hombre a la lucha por la vida, hubo de afrontar sus peripecias y contrarrestar las asechanzas del mundo circundante. Sorprendamos en ese instante al hombre, pugnando con la naturaleza fiera y hostil, viviendo al rigor de

todos los elementos, ejercitando intensamente su animalidad; su inteligencia aun no destella, ni le aclara ni le facilita la vida. Pero pronto sus reacciones dejan de ser puramente instintivas; la experiencia diaria y los sufrimientos incesantes le hacen sentir deficiencias. Y este sentir despierta necesidades de protección y defensa; en el tráfigo de su agitada vida busca un remanso y una seguridad. Entonces aprende a prever lo contingente, a economizar sus energías, a jerarquizar su condición, despertando así a nuevas posibilidades.

En cada caso fué concretando una actitud, dando origen a hechos matizados de un sentido individual, que luego se tiñen de tono social, definiéndose finalmente en un uso, en una costumbre, en una tradición. Surgen así las diversas entidades que constituyen la cultura. Discutible la forma y el orden en que van apareciendo cada una de ellas; el impulso del momento define una actitud que puede ser observada y repetida por otro u otros del mismo grupo; y así el uso se hace costumbre y se generaliza, extendiéndose como norma respaldada en la experiencia.

Así se va formando el gran almacén de la experiencia humana: las costumbres, las artes, las normas morales, los preceptos jurídicos, las creencias, las supersticiones, que por fuerza de las mismas necesidades van perfeccionándose, pero cuyos orígenes y gérmenes se pierden en el polvo del largo camino recorrido por la humanidad. En este proceso están ya operantes las necesidades espirituales. Porque el hombre no es solo centro de necesidades físicas; experimenta también necesidades espirituales; el misterio y el más allá le sugestionan vivamente; la razón y el fin de las cosas le preocupan; y sobre todo, su posición y su destino le inquietan agudamente. Y todo esto trata de explicarse penetrando en lo desconocido mediante sondajes de imaginación o atisbos de razón que le permiten deducir y formular

explicaciones elementales. Surgen así los mitos, las leyendas y las supersticiones.

El mito es la forma espontánea y fantástica con que el hombre trata de explicar su asombro frente al mundo; es el instrumento preferido de la mentalidad primitiva que vive de admiración y de espanto, más de imaginación que de directivas de la razón, analogizando lo misterioso con lo conocido, lo de más allá con lo de aquí, lo de ahora con lo de siempre y lo divino con lo humano. Labor es esta que no se cumple en una vida ni en una generación; representa el esfuerzo anónimo de múltiples generaciones que van sedimentando sus varias contribuciones para formar la experiencia humana, tosca y elemental primero, y que luego se elabora hasta hacerse técnica, ciencia y filosofía.

Este oscuro y anónimo trabajo del espíritu humano en su afán por vivir y explicarse la vida, es siempre harto interesante e instructivo. Nos muestra al hombre actuando con mano inexperta y con mente débil; ofuscado ante lo incognoscible, como frente a un rayo, pero siempre afanoso e infatigable en su propósito inquisitivo. Toda esa lucha, ese afán angustioso por satisfacerse y superarse en sus fracasos, en sus dolores y en sus desengaños, refleja el hombre en forma más o menos atinada en sus dichos, en sus adagios, en sus cantos y en sus fórmulas, que son como pedazos de sabiduría arrancados a la cantera del diario vivir.

El hombre así en su individualidad y en su conjunto resulta una síntesis de necesidades y experiencias tumultuarias y milenarias, que van transformándose por exigencias de la misma vida, que a cada época y en diferentes circunstancias exige diferentes formas de satisfacción, pero que en el fondo y en su esencia, son permanentes.

El fenómeno humano ofrece múltiples aspectos: económico, social, político, religioso, moral, jurídico, filosófi-

co, etc. Las ciencias sociales abarcan, consiguientemente, un campo de acción ingente y considerable. Al grupo de estas ciencias, aunque no con una personalidad perfectamente definida, pertenece el Folklore, ciencia y sabiduría popular, que por la naturaleza de su campo de acción y por sus métodos de investigación va erigiéndose en una ciencia independiente.,

Tanto por el material que emplea cuanto por los métodos que usa, el Folklore suscita un alto y profundo interés humano. Nos da la clave para comprender la vida, descubrir los resortes que mueven la humanidad y los motivos de amor a la patria y comprensión a los hombres. Es una disciplina esencialmente humanista que nos descubre las huellas del hombre en sus diferentes etapas de evolución y frente a los diversos problemas que la vida le plantea: en la etapa de subordinación y respeto a la naturaleza, en la de fraternización y reconocimiento y en la de pugna y dominio. En cada una de estas etapas el hombre va tomando diversas actitudes; y de ellas se desprenden formas de vida, fórmulas, creencias y supersticiones que apesar del largo tiempo transcurrido se conservan más o menos prístinas en las capas populares, en las que se sedimentan mejor las experiencias de la vida.

Esta gran tarea del hombre por conocer y profundizar, por fraternizar y por dominar la naturaleza se realiza en un largo y complicado proceso de altísimo interés humano y sociológico. Nos revela actitudes que pueden considerarse técnicas, concepciones elementales que pueden calificarse filosóficas, pero que se hallan presentadas bajo un matiz bronco, en forma contundente o con sentido dramático. Porque es indudable que el mito, la fábula, los proverbios, las máximas y los cantares muestran una sutil captación de las posibles relaciones de las cosas y de los he-

chos, de los hechos y de los hombres, de los hombres entre los hombres; y significan asimismo una explicación aproximada de los hechos que no nos es posible conocer en su objetividad. Estas captaciones y estas explicaciones se han producido muchas veces en forma accidental y contingente; así como del choque de dos piedras salta la chispa, así de una experiencia, de un incidente se deduce un ejemplo, una enseñanza, una fórmula, una creencia que habrá de repercutir en el ámbito impresionable del grupo. Es decir, que en principio esas captaciones son pseudoconocimientos, generalizaciones crudas y apresuradas, que muchas veces nacen de una experiencia dolorosa que hace sentir, pensar y precaverse al hombre, dándole la sensación de la limitación de sus fuerzas y de los inagotables recursos de la naturaleza. Así, lenta y progresivamente se van formando las trascendentales nociones de la vida, de la filosofía, las intuiciones de la vida política, del derecho, de la moral y del arte, que son reacciones generalizadoras de la necesidad, de la experiencia, del placer y del dolor que se recogen a cada paso en el camino de la vida.

Todas esas facetas de la experiencia humana se sedimentan en forma natural en la conciencia popular y forman el Folklore. De aquí el enorme interés humano del Folklore, que nos permite penetrar en la conciencia humana, captar la raíz mítico-emotiva y descubrir las fuentes primigenias que alimentan el espíritu humano en el mundo y la vida.

Empero, como lo que más directamente nos atañe es lo inmediato —nuestra tierra y nuestros hombres— y lo que más fuertemente nos interesa es lo circundante—las escenas y el drama de nuestra vida—el folklore tiende a suscitar hondo y verdadero amor a lo nuestro, fundamentándolo en sus bases naturales, acrecentándolo mediante el cono-

cimiento de sus recursos y sus resortes, y utilizando los mismos, hasta donde es posible, en la superación de las artes y la técnica.

El folklore nos demuestra la gran influencia que tiene el pueblo en todos los dominios de la vida social. Traduce la historia anónima, la gesta multitudinaria con todas sus actitudes y repercusiones; sus generalizaciones apresuradas, su sensibilidad amplia y contagiosa, sus impulsiones terribles, sus oscuras supersticiones. En él campea la omnipotencia de la imaginación que durante largas épocas ha dirigido, construyendo y reglando la marcha de la humanidad, dando normas, imponiendo "tabus", sembrando dogmas. No olvidemos principalmente su influencia en el lenguaje, en el que por la fuerza expresiva de sus vocablos y la viveza de sus giros llega a imponer la creación de su genio radioso y sugere. Porque el lenguaje, como lo expresara magistralmente Unamuno, lleva, bajo la presión atmosférica de siglos, el depósito de las edades, el más rico aluvión del espíritu colectivo.

Recordemos siempre que la marejada profunda del espíritu nacional viene del fondo popular. Como lo apunta ampliamente Quintiliano Saldaña al referirse a la influencia del pueblo en la vida social, su fuerza es invaluable en las creaciones culturales: el espíritu popular es, en el tiempo, la tradición; en el espacio, el carácter nacional; en el derecho, la costumbre; en la sociología, la lengua; en la ética social, la opinión pública; en la psicología colectiva, la conciencia social; en política, el voto de la mayoría; en religión, las creencias populares; en arte, el genio de la raza; en el procedimiento criminal, el veredicto del jurado; en la penalidad, el linchamiento; en la tragedia griega, el coro.

He ahí la enorme importancia de las creaciones del co-

razón, del cerebro y de la mano populares. Toda esa creación es producto de la vida libre, suelta y naturalmente dirigida. Matices, sabor y sentido propios que son quintaesenciados en la lucha directa, en el abrazo tenaz con la tierra, de donde surge la llama ardorosa e inextinguible del alma nacional. De allí que las naciones que buscan fortificar su espíritu y vitalizar su carácter hallen en el folklore los recursos indispensables y las directivas eficaces para sus trascendentales propósitos.

Las supervivencias milenarias, la tradición y la continuidad de los usos y costumbres atan al hombre al pasado, dándole unidad y sentido histórico; porque no todo es nuevo, ni ninguna sociedad o grupo puede preciarse de ser totalmente nueva; será cada vez diferente por la complejidad creciente de la vida social, por la constante sedimentación de lo nuevo sobre lo viejo. Por eso, la actitud serena no niega el pasado; conjuga las fuerzas que animan bajo diversos fondos la existencia del organismo colectivo, buscando la permanencia y el mejoramiento de aquello que no cambia, o adaptándolo a las nuevas exigencias de la vida social.

En cada dicho, cuento, leyenda, canto y creencia popular, podemos encontrar un eslabón de la cadena de oro que une a generaciones de hijos de una misma patria, superstite y concreción de las marejadas históricas. Y todo esto, en el fondo, unifica y esclarece nuestra condición humana. Porque la trama de nuestra vida está hecha de hábitos prestados y supervivencias que no son puramente nacionales o locales, sino humanas. Las formas más originales de la vida popular están impregnadas de un tinte de universalidad y de antigüedad, que es universalidad y antigüedad de lo humano. El fondo común es fondo humano que vine fluyendo de edades y vertientes remotas, arrastrando partículas de vida, es decir, de angustias y de esperanzas

de innumerables generaciones, que se sedimentan en un marco que les da sentido y carácter especiales, constituyendo la tradición y el espíritu nacional. De esa formación universal nos viene esa maravillosa y noble sensación de sentirnos hombres en la amplitud cósmica del término, por la comprensión, por el gesto y por la altura a que nos disparan las actitudes superiores.

Nosotros formamos un pueblo de existencia secular; como dice el ilustre compatriota nuestro, Ventura García Calderón: Cuatro siglos de cultura confieren al Perú fisonomía peculiar en el Continente sur. En nuestro correr histórico arrastramos sedimentos de diversas épocas, que confluyen vitalmente a la estructuración de nuestro yo actual y nacional. Nuestros valores y nuestras fuerzas no son fuerzas ni valores improvisados al azar en un salto o en una dislocadura de la historia. Nuestra vida es el resultado de una solidaridad indefinible que se concreta en lo actual y que nos impone una más efectiva solidaridad en el presente que armonice todos los factores y todos los elementos para alcanzar proyección en el futuro.

Los pueblos de hondura histórica, como el Perú, tienen en sí todos los elementos indispensables para constituir una sólida y duradera estructura nacional. Hundidos en el tiempo histórico y expandidos en forma afirmativa en el espacio geográfico, podemos proyectarnos serenamente en el futuro. Para lograr esta actitud hay que buscar y valorizar las raíces fundamentales que viven en nuestro fondo, porque ellas, por sí solas, sin el estímulo valorativo y el esfuerzo coordinador, son ineficaces; se pierden estérilmente como las raíces de los árboles caducos. Nuestro sentido histórico y nuestra aptitud para el dominio espacial, representan la virtualidad consagrada que fomenta y estimula las

creaciones y las energías culturizadoras del hombre peruano. Y ese hombre, factor imprescindible y decisivo en las tareas terrestres y nacionalistas, debe alcanzar el logro de sus máximas posibilidades de desarrollo y bienestar. He aquí la tarea de la salvación del hombre nacional, que es, en suma, afirmación del presente, previsión del futuro y salvación de la integridad nacional.

Arriesguemos la nave en las aguas turbulentas de la historia, asegurando los fondos y disponiendo las velámenes hacia rumbos generosos. Así estaremos en condiciones de afrontar la tempestad con serenidad y ventaja. Y en la mirada alerta y decidida de cada uno de nosotros, habrá la sensación reconfortante de un viaje próspero y feliz.



VÍCTOR M. DÁVILA.

Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»

---